

COMENTARIOS AL ACONTECER EN EL MUNDO

LA REUNIÓN DE LA ISLA DE GUADALUPE

La expectación e ilusionado interés, tanto de la opinión pública como de los medios informativos, no respondió a la importancia que el presidente Giscard d'Estaing quiso darle a la reunión de los «Cuatro Grandes» por él convocada en la isla de Guadalupe el 4 de enero. Cierto es, como se puntualizó, que no se trataba de una «cumbre propiamente dicha, sino de un encuentro informal destinado a un cambio de impresiones entre dirigentes de naciones amigas y aliadas sobre problemas mundiales. O sea, una repetición del encuentro de la Martinica de 1974, tras la cual no se advirtió que la zarandeada nave del bloque occidental modificara su rumbo. En todo caso, en Guadalupe —como en su día en la Martinica—, las conversaciones entre el presidente Giscard d'Estaing, el presidente de los Estados Unidos, el premier británico Callaghan y el canciller Schmidt fueron «francas, amistosas y útiles», según se dijo. Es todo cuanto sacaron en claro de la reunión los representantes de los medios informativos antes de que cada cual volviera a sus pagos, aparte de destacar su extrañeza por la ausencia de Japón y Canadá. De otra parte, no hubo ni conferencia de prensa ni comunicado final al término de esa reunión, en la que ni siquiera estuvieron presentes los respectivos ministros de Asuntos Exteriores. De ahí que hubiera campo libre para las especulaciones, deducciones y suspicacias, entre las cuales merece mencionarse la denuncia por el órgano de prensa del Partido Comunista francés de la supeditación de Francia al «atlantismo» y la «alienación de la independencia nacional de Francia». No se impone que hubiera tal, aunque puede sospecharse que al abordar determinados temas, las conversaciones cruzaron los pedregosos senderos de la «franqueza», que en términos diplomáticos suele significar divergencias, antes que los floridos caminos de la identidad de criterios.

Era inevitable de momento que el amplio temario a tratar por los «Cuatro» incluía «la situación y las situaciones del mundo», como re-

velara el presidente francés o «un examen de temas substanciales», según el presidente Carter. Tales temas acuden en tropel a la mente: normalización de las relaciones entre Washington y Pekín, que rebasa ampliamente el marco de un acontecimiento diplomático y, entre otras consecuencias, da por nulo y nunca suscrito el tratado de defensa entre Wáshington y Taipeh, relegado al depósito de los objetos inservibles; la crisis de Irán que amenazaba con dismantelar el dispositivo periférico de defensa del mundo occidental, lo que afectaba su seguridad; los sucesivos sobresaltos que provoca la inestabilidad africana y la infiltración soviética; la huidiza paz en el Próximo Oriente; la caída del dólar y las incidencias económicas del hecho; el paro y la inflación, sin olvidar el aplazamiento de la firma de los acuerdos SALT II, una vez que las conversaciones Vance-Gromyko desembocaron en fracaso.

En realidad, tan varios problemas, dispersos por el globo, tienen el denominador común de la política internacional de los Estados Unidos bajo la administración Carter, que suscita recelos y temores entre sus aliados europeos. Precisamente durante la reunión de Guadalupe corrió el rumor de que el Sha pensaba abandonar Irán para tomarse unas «vacaciones», lo que no pudo por menos que traer a la memoria de los aliados europeos las vacilaciones, perplejidades y oscilaciones de los Estados Unidos a la hora de tomar posición ante el probable derrumbamiento del bastión occidentalista que era el régimen de Reza Pahlevi y su Ejército. La navegación sin rumbo concreto del portaaviones «Constellation», que iba y no fue al Golfo Pérsico, era exponente de las dudas hamletianas del presidente Carter respecto a Irán. En Guadalupe, la pendular política norteamericana coincidió con una veleidad de acercamiento al «ayatollah» Jomeini que, magnánimo, había declarado que su país mantendría buenas relaciones con los Estados Unidos, siempre que éstos no intervinieran en sus asuntos internos. La opción —a la zaga de los acontecimientos— de apoyar el Gobierno de Bajtiar y desentenderse del Sha no debió de disipar la desconfianza de los aliados europeos en cuanto a la capacidad de los Estados Unidos para hacer frente a las borrascas que se ciernen sobre el mundo occidental, aunque de momento no estén sobre su perpendicular.

Bien es verdad que en ésta o cualquiera otra reunión de este tipo, la política exterior norteamericana está dominada por la disuasión que entorpece y hasta paraliza su acción política, diplomática y militar, concebida según normas clásicas. En cambio, deja libertad de movimientos para otras formas de acción, en las que el mundo occi-

dental es lego. Ello origina la preocupante situación denunciada por Kissinger en recientes declaraciones a *Newsweek*: «Los países libres no podrán sobrevivir si Moscú ejerce una geopolítica dinámica, mientras que los Estados Unidos se atienen a una política exterior estática. La URSS tiende a presionar hasta los límites de su potencia geopolítica, sin que los Estados Unidos se apliquen a crear los contrapesos necesarios.» Desde luego, no constituyen contrapesos las preocupaciones primordiales del presidente Carter por los derechos humanos, base de su política exterior. Es encomiable postura, pero lleva a recordar que en vísperas de grandes crisis, en particular de la Revolución francesa de 1789 y la Revolución rusa de 1917, pulularon los intelectuales, ideólogos y moralistas profesionales. Sus ideas sublimes tuvieron interpretaciones prácticas realmente aterradoras. En otro orden de ideas, el parón sufrido por las negociaciones SALT II, motivo de desasosiego para los países del bloque occidental apegados a la ilusión del relajamiento de la tensión, no parece que hayan influido en el desarrollo de los acontecimientos iraníes y asiáticos, que se producen con toda independencia, con una dinámica ajena a los acuerdos suscritos o por suscribir con toda solemnidad. En cambio, lo que sí altera los esquemas políticos, en cierto modo válidos hasta ahora, ello con consecuencias a considerar, es el acercamiento de China Popular a la Trilateral, tema seguramente examinado en Guadalupe, es probable que con optimismo.

En definitiva: ¿qué decisiones, orientaciones o acuerdos han resultado del encuentro de los «Cuatro Grandes»? Con buena voluntad, que en ocasiones es un acierto, acaso pueda estimarse que el tiempo lo dirá. En esa espera ha sido oportunidad para el presidente Giscard d'Estaing de darle a Francia categoría de potencia con proyección mundial, aunque fuera al socaire de una reunión con visos de parto de los montes.

NUEVA GUERRA EN CAMBOYA O KAMPUCHEA

Después de meses y meses de hostigamiento de mayor o menor magnitud en la frontera vietnamita-camboyana o sus proximidades, a finales del pasado mes de diciembre el Frente Unido de Salvación Nacional de Kampuchea o FUNSK, apoyado por unas 14 divisiones vietnamitas, emprendió un rápido, imparable avance por territorio de Camboya, ahora Kampuchea, ocupando Kratié, Takeo, Kampot, Stung-Treng y Phom-Penh el 7 de enero. Seguidamente caía Kampong-

Som, principal puerto de abastecimiento de ese país. Camboya estaba en poder de sus invasores o liberadores, según se miren las cosas. El Gobierno de Pol Pot había abandonado la casi desierta capital replegándose en dirección a la región montañosa del Noroeste, donde ha organizado una guerrilla con los elementos que le siguen siendo fieles y, en principio, con el apoyo popular, por confiar tal vez en el odio ancestral existente entre camboyanos y sus vecinos, en particular los habitantes de la antigua Cochinchina, en la actualidad parte integrante de la República Democrática de Vietnam, región de la península indochina que, en tiempos (siglo VI D. C.), fue conquistada por el imperio Jemer o Funam. Pero la tiránica dictadura de Pol Pot —¡ah! los pisoteados derechos humanos— no es una garantía de que la población camboiana cierre filas en torno a su verdugo, por mucho que éste apele a sus sentimientos patrióticos para rechazar a los recién llegados.

Habida cuenta de la capacidad militar de los aliados del FUNSK, hace tiempo que el régimen imperante en Phom-Penh pudo ser derrocado, pero el momento de dar al traste con él dependía del análisis político de la situación, a cargo de los dirigentes vietnamitas, situación más compleja que su reducción al atropello de Camboya por el Vietnam prosoviético. En efecto, para los tiranizados camboyanos, muchos de ellos refugiados en Tailandia para huir del demencial y sanguinario colectivismo de Pol Pot, e incluso para Tailandia, reacia al comunismo, preocupada por el problema de feroz dictadura planteado en su flanco por los jemers rojos, la cuestión primordial era salir de aquella pesadilla, sin detenerse a inquirir qué otra pesadilla podría sucederle. Quien se halla en peligro de muerte no indaga qué suerte le reserva el que lo socorre. Acaso hayan hecho esa indagación los dirigentes de la Asamblea general de jemers en el exilio en Tailandia. Carentes de medios y apoyos por parte de una potencia en condiciones de facilitarles ayuda activa, hubieron de asistir impotentes a la creación por Hanoi del FUNSK, aun a sabiendas del riesgo que corría la independencia de su patria.

Más que ingenuidad sería simpleza imaginar que Vietnam ha hecho caso omiso del respeto a la soberanía de un Estado independiente y de las reglas del Derecho Internacional —como han denunciado ciertas potencias occidentales, empezando por los Estados Unidos— con el filantrópico objetivo de salvar del exterminio y la tiranía a un pueblo vecino. Vietnam cumple el testamento de Ho Chi-minh que pedía la reconstitución de la antigua Indochina francesa, comprensiva de Cochinchina, Annam, Tonkin, Laos y Camboya, bajo la dirección

de Hanoi. Casualmente, el mandato del fundador del Vietnam comunista encaja de maravilla en el tenaz propósito soviético de establecer un pacto de seguridad colectiva en Asia, propósito que hace tocar el cielo con las manos a los chinos. La repulsa mayoritaria del pueblo camboyano al régimen de Pol Pot era oportunidad fundamental de hacer realidad el sueño del líder del Vietnam y, de paso, de adecuarse a los proyectos soviéticos. Hanoi tenía en su territorio los elementos humanos precisos para crear el FUNSK, a modo de pantalla. De los aproximadamente 800.000 jemers nacidos, residentes o huidos a Vietnam del Sur, salieron soldados para constituir unidades de combate y hasta un líder: Heng Samrin. Fueron vanguardia a la hora de emprender la arrolladora ofensiva que iba a derrocar a los jemers rojos, vinculados a Pekín, conquistar la capital y dominar el país, mientras que las unidades vietnamitas actuaban como fuerzas de apoyo, que han dado pruebas de la eficacia de ese buen instrumento de guerra que es el Ejército vietnamita. Por tanto, si Hanoi aplazó durante meses y meses la liberación o invasión de Camboya, débese a no darse, de una parte, las condiciones políticas objetivas en ese país, que los conflictos fronterizos desmoralizaron y desorganizaron del todo, y, de otra, a que la coyuntura internacional no se ajustaba a sus propósitos. De ahí que se haya demorado una acción que el mismo éxito militar hubiera tenido hace un año largo que ahora.

En el ámbito de lo internacional, a finales de 1978, mientras Vietnam y la URSS firmaban un Tratado de Amistad y Cooperación, el mundo occidental tenía puestos los cinco sentidos en el desarrollo de la crisis iraní. Por su parte, los dirigentes chinos emprendían una ofensiva diplomática para lograr un substancial apoyo de toda índole para sus vastos planes de desarrollo, las «cuatro movilizaciones», es decir, modernizaciones. La emprendieron recalcando sus intenciones pacifistas, al extremo de verse atados de pies y manos por sus declaraciones a la hora de buscar una parada a la ofensiva contra Camboya. Sólo pudieron ejercer una acción verbal —de la que no se privaron— con vistas a defender a su protegida Camboya, atacada en serio el 24 de diciembre, o sea, en vísperas del importante viaje a los Estados Unidos y Japón del viceprimer ministro Teng Siao-ping, mensajero de un país sólo deseoso de paz y desarrollo.

A finales de febrero, la arremetida china contra Vietnam y sus eventuales graves implicaciones, así como las contradictorias noticias relativas a la resistencia camboyana, vedan la posibilidad de comentario a título de conclusión respecto a este nuevo drama de la desventurada Camboya. Sin embargo, en lo que atañe a la guerrilla o guerra

popular preconizada por Pekín, se le ocurre al no experto en la materia que el consumo de armas y municiones de las huestes de Pol Pot plantea un problema de suministro cuya solución no se impone, singularmente, si esta guerra pretende tener alguna capacidad ofensiva. China carece de fronteras con Camboya. Su material no puede transitar por Laos, controlado por Hanoi, ni desembarcar en Kompong-Som, en poder de las fuerzas de «liberación». Es muy dudoso que Tailandia consienta correr el albur de encocorar a Vietnam al permitir ser vía de tránsito. Tailandia tiene una latente subversión comunista en su territorio y poco seguras minorías (laosianas y karenas) en las provincias del Norte y del Noroeste. Infiltraciones incontrolables podrían soliviantarlas, armarlas, apoyarlas...

Por tanto, pocas cartas le quedan a China por jugar, aparte la del siempre redivivo Norodom Sihanuk. La ofensiva de mediados de febrero contra Vietnam se inscribe en la lógica del empeño de contrarrestar el propósito de Hanoi de crear una federación de pueblos de Indochina, parte importante del dogal que sería un pacto de seguridad colectiva en Asia, basado en el «pequeño hegemonismo» integrado en el «gran hegemonismo».

VIAJE DEL PRESIDENTE CARTER A MÉJICO

El dolorido: «¡Pobre Méjico!, tan lejos de Dios y tan cerca de los Estados Unidos» ha dejado de tener vigencia. De una parte, el viaje triunfal de Su Santidad Juan Pablo II demostró singular acortamiento de distancias entre el pueblo de ese país —luego, de ese país— y determinado concepto de la divinidad. De otra, que la cercanía de una gran y próspera nación no implica ya ser víctima de sus abusos de poder y fuerza, como se evidenció con motivo del viaje que el presidente Carter hizo a la capital azteca del 14 al 17 de febrero, por cuanto la riqueza petrolífera de Méjico da a sus dirigentes excelentes bazas y una capacidad de negociación derivadas de circunstancias energéticas originadas por la crisis iraní y la amenazante penuria, que no deja a salvo a los Estados Unidos.

En realidad, el pleito del petróleo, pilar esencial de la economía mejicana, no es nuevo en el ámbito de las relaciones entre los dos países vecinos. Las primeras prospecciones se iniciaron en Tampico en 1901 por cuenta de compañías norteamericanas y británicas. Posteriormente fueron investigadas y explotadas otras regiones (Faja de Oro, Poza Rica, Tehuantepec, etc.), siempre con resultados positivos,

al extremo de que Méjico se sitúa justo detrás de Irán y delante de Kuwait, aunque distante de Arabia Saudita, en cuanto país productor de petróleo. Sin embargo, mientras en Arabia Saudita las reservas están perfectamente localizadas y valoradas, en Méjico se descubren cada año nuevos yacimientos, suponiéndose que las reservas del país pueden ascender a unos 200.000 millones de barriles. Hasta 1938, las compañías extranjeras desplegaron su actividad sin cortapisas ni contratiempos, a pedir de boca. La decisión del presidente Cárdenas, que por cierto no figuraba en su programa electoral, de nacionalizar el petróleo y expropiar las compañías extranjeras, creando una empresa petrolera nacional, dio paso a un período de agrias discusiones y tensiones, en particular con los Estados Unidos. Porque Washington, en réplica a la nacionalización y expropiación, exigió el pago integral e inmediato de las indemnizaciones, al tiempo que imponía sanciones económicas bajo la presión de sus *lobbies* petroleros y con la esperanza de que Méjico reconsiderase la decisión adoptada. El presidente Cárdenas no se amilanó. Pese a su antagonismo político con el III Reich, negoció un substancial suministro de petróleo a Alemania, salvando así a su país de la asfixia económica. Entonces, los Estados Unidos se avinieron a negociar las compensaciones por expropiación. Es de señalar que desde aquella época, una de las constantes de la política petrolera de Méjico ha sido diversificar los contratos con países importadores —uno de ellos, España, recientemente—, en evitación de una exclusiva supeditación al comprador norteamericano.

El recibimiento digno, correcto y apenas templado que se le dispuso en Méjico al presidente Carter, dio la tónica del ambiente imperante durante su estancia. Es decir, que, de entrada, se impuso una nueva relación de fuerzas entre los Estados Unidos y Méjico, consciente de que su riqueza en petróleo, vital para su vecino, lo situaba en condiciones de tratarlo de igual a igual por vez primera en las relaciones históricas de los dos países. Es éste el resultado práctico más notable del viaje del presidente Carter, aun cuando la situación económica mejicana no aconseje prescindir de la cooperación norteamericana. En efecto, el paso por la presidencia de Luis Echevarría, que con inteligencia, tesón y afán de buena administración está remediando el presidente López Portillo, arroja un saldo inquietante: una deuda exterior de 30.000 millones de dólares, déficit de la balanza de pagos y comercial, un millón de jóvenes candidatos a un puesto de trabajo, necesidad de ayuda exterior para incrementar a corto plazo la producción petrolera hasta alcanzar 2,2 millones en 1980, investigación y explotación de nuevos yacimientos, aparte de la urgencia de mo-

dernizar carreteras, puertos, red ferroviaria y aumetar la producción de acero y energía eléctrica. Ello implica sumas ingentes de dinero y ayuda técnica forzosamente foráneas.

Pese a la conveniencia de contar con inversiones y ayuda, que los Estados Unidos no regatearían, el presidente López Portillo no ha cedido una pulgada de terreno en la controvertida cuestión del precio del gas mejicano, cuyo suministro ha suspendido al negarse los Estados Unidos a pagar los 2,6 dólares que pide Méjico, ofreciendo sólo dos dólares. De momento, los Estados Unidos pueden prescindir de ese gas, dadas las reservas nacionales y los suministros canadienses, si bien no sucede otro tanto en lo que al petróleo respecta, una vez que la revolución iraní les ha birlado una fuente de aprovisionamiento, por lo menos en lo inmediato. Pero, al parecer, los Estados Unidos no han cejado en su empeño de que Méjico les venda su petróleo a precio inferior al fijado por la OPEP (de la que Méjico no es miembro). Tampoco ha cejado el presidente López Portillo en su decisión de no vender con rebaja ese producto, vital sin duda para los Estados Unidos, pero vital también para el desarrollo de Méjico, aun cuando un contrato substancial en la materia permitiría a Méjico restablecer el equilibrio de su balanza comercial con los Estados Unidos, por cuanto frente a los 3.600 millones de exportaciones mejicanas se registran 5.000 millones de dólares de importaciones oficiales, a las que hay que sumar las crecidas cantidades de productos de contrabando introducidas en Méjico y ante las que hacen la vista gorda, gordísima, las autoridades estadounidense. En cambio, con muy distintos ojos vigilan la frontera para impedir el paso de emigrantes mejicanos en busca de trabajo en tierras que, como Arizona, Texas, California y Nuevo Méjico, fueron parte de Méjico hasta la guerra de 1846-1848, a registrar en el haber del expansionismo norteamericano. De ahí que para los mejicanos exista un derecho histórico a cruzar el Río Grande. No es este tema menor del viejo pleito mejicano-norteamericano. Tampoco lo han resuelto las conversaciones entre López Portillo y Carter, lo que no pretende decir que tales conversaciones han dado resultados totalmente negativos. Aparte de que haciendo hincapié en su riqueza petrolífera y posibilidades de futuro próspero que brinda, Méjico haya podido alzarse de su condición de vecino pobre, humillado y ofendido, hay la decisión de una reanudación de las conversaciones entre Méjico y Washington el próximo verano. Es más que una puerta entreabierta al entendimiento y la cooperación entre países igualmente soberanos y complementarios.

SUMA Y SIGUE LA CRISIS DE IRÁN

Por el impacto que ha causado en la economía de los países industrializados y la brecha abierta en la muralla defensiva del mundo occidental, desde hace meses la crisis iraní viene captando la atención de los medios informativos. Día a día se ha podido observar la creciente de la marea subversiva cuya pleamar coincide con la decisión del Sha de designar primer ministro a Shapur Bajtjar, nombrar un Consejo de Regencia y, el 16 de enero, partir rumbo al exilio, calificado de «vacaciones».

Sin resultados positivos la aplicación de la ley marcial, con las calles de Teherán y principales ciudades iraníes convertidas en hervidero revolucionario y matadero, Shapur Bajtjar acometió animosamente la tarea de arribar a la ruptura, pero dentro de cierta legalidad, aparte de iniciar un proceso de depuración de la Administración, corrompida a todos los niveles y cuanto más altos más corrompidos. En su acción, contaba firmemente con el apoyo del Ejército. Cuando al pasar del tiempo se considere esta crisis a salvo de los condicionamientos que impone la actualidad, se impondrá que el sólido, notablemente bien armado y minuciosamente entrenado Ejército iraní ha sido uno de los mayores espejismos que se hayan dado, el máximo engaño a que pueden llegar los gobernantes de un país y los aliados de ese país, como se evidenció al sonar la llamada «hora de la verdad».

En un alarde de valentía, el presidente Bajtjar autorizó el regreso a Irán del «ayatollah» Jomeini, que estaba con un pie en el estribo desde que Reza Pahlevi salió de su país. Y el 1 de febrero, Ruhollah Jomeini se presentó en Teherán, donde se le dispensó delirante acogida multitudinaria. No bien pisó tierra, pudo estimarse que estaba echada la suerte de Bajtjar y sus propósitos rupturistas por sus pasos contados, metódicos, ordenados. Por lo pronto, el siempre señalado foso entre el Ejército constituido por los llamados a filas —o de segunda categoría— y el Ejército profesional, comprensivo de la Guardia Imperial, se ensanchó notablemente. Y no tardaron en multiplicarse las deserciones e insubordinaciones de los soldados del reemplazo que, en el mejor de los casos, dieron pruebas de tal pasividad ante los alborotadores que tenían visos de apoyo a esos alborotadores, cada día más alentados por Jomeini que, el 5 de febrero, por sí y ante sí, nombró a Mehdi Bazargan al frente de su Gobierno. La insostenible situación sólo podía dirimirla el Ejército. Pero ese Ejército no era esa mítica guardia pretoriana, fiel hasta la muerte a su soberano, que pintaba

la propaganda o la engañosa ilusión, debido en parte al fallo estructural de que su único auténtico jefe, pilar o pared maestra, era el Sha, que ya no estaba en Irán. El 11 de febrero, parte del Ejército se declaró neutral y el resto cambió de campo, en particular las Fuerzas Aéreas, que se pasaron con armas y bagajes al bando de Jomeini, que se encontró con total libertad de movimientos para actuar.

¿Libertad de movimientos? Sí, para derruir cuanto quedara en pie del régimen del Sha, con ayuda de las masas enloquecidas y las detenciones, saqueos, ejecuciones sumarias que implica toda revolución. Lo que no es tan evidente es que el «ayatollah» Jomeini tenga idéntica libertad de movimientos para establecer y consolidar el régimen islámico que pretende para Irán, que la URSS se ha apresurado a reconocer. Como primera providencia pidió al pueblo que devolviera las armas indiscriminadamente distribuidas. Tuvo limitado éxito. Las conservaron los grupos marxistas, llamados fedayin o combatientes del pueblo que declararon: «Vamos codo a codo con los religiosos, pero nos preparamos también para una nueva etapa de la revolución». La manifestación organizada en la Universidad de Teherán por unos 150.000 fedayin que desafiaron las órdenes de Jomeini, es exponente de la complejidad del problema iraní, que no se reducía a derrocar al Sha y sustituirlo por una República Islámica acatada por todo el pueblo.

En efecto, esa República Islámica, tenazmente preconizada por Jomeini, tiene en su criterio la rara virtud de expresar el hondo sentir de toda la población iraní, con excepción de los privilegiados del régimen monárquico. He aquí otro mito equiparable al del Ejército leal al Sha y al de las masas pendientes del «ayatollah» desde que, hace quince años, partiera para el exilio. Por santo, sabio y carismático que fuera Jomeini, hasta hace tres años apenas si tuvo otra influencia en Irán que la ejercida por un pequeño grupo de adictos y devotos. La creciente adhesión a su persona y principios coincide con la campaña emprendida por el Gobierno iraní para poner freno al incremento del coste de la vida, que afectó en primer término al «bazar», gremio de los comerciantes, que constituye una de las potencias de la economía tradicional de Irán, gremio por lo demás alarmado por una modernización e industrialización que minaba las bases de sus privilegios seculares. Y todo sugiere que la réplica de los «bazari» fue dar pábulo al casi olvidado «ayatollah», contando con el impacto que causa la cuestión religiosa cuando ésta refleja una civilización, un modo de ser y sentir y es cimiento de un pueblo, aunque éste no sea fervorosamente creyente. El riachuelo jomeinista empezó entonces a fluir por Irán y,

con el tiempo, hacia él afluyeron otras corrientes no tan islámicas. Entre ellas destaca el Tudeh, o partido comunista iraní, cuyo líder, Nureddin Kianuri, y sus 10.000 militantes bien organizados, apoyan con entusiasmo la República Islámica; los fedayin o combatientes del pueblo, síntesis de Islam y de Marx, creados en 1965 y entrenados en campos palestinos, y el partido de extrema izquierda, Cherik Edayin el Jalk, o guerrilla del sacrificio para el pueblo, inspirada por el extremista palestino George Habach, en la actualidad aliada a los Muhajeddin o combatientes del Islam de Jomeini. Con esos afluentes creció el riachuelo chiíta hasta convertirse en un solo torrente que arrastró el régimen del Sha. Al remansarse, se van separando las aguas según su densidad, al tiempo que surgen al horizonte amenazas de separatismo en las provincias de Kurdistán y Azerbaiján, que en 1945, durante unos meses, fueron independientes.

Es obvio el resultado del referéndum anunciado el 25 de febrero a celebrar el 30 de marzo, para decidir el futuro sistema de Gobierno: Irán será una República. Es tan evidente que el Gobierno Bazargan pudo ahorrarse la molestia de convocar el pueblo a las urnas. Pero si el continente no ofrece la menor duda, es harto menos evidente cuál será el contenido final de esa República Islámica que Jomeini se ha retirado a soñar en la ciudad santa de Qom. Tal como la concibe, tropieza con muchas y variadas oposiciones, organizadas, activas y eficientes. Posiblemente, todos opinen como el doctor Ali Chayegan, uno de los dirigentes del Frente Nacional laico: «De aplicarse la ley coránica sin paliativos se retrocedería en más de dos siglos.» Como quiera que el propio «ayatollah» Jomeini no ha optado por cerrar el provechoso grifo del petróleo, aunque condicionando su suministro, cuesta trabajo imaginar una sociedad estrictamente islámica con ese injerto de tecnología occidental, en el supuesto de que los seguidores del «ayatollah», a pesar de sus aliados circunstanciales en vías de ser sus oponentes, logren llevar el gato al agua. Es mucho suponer. La cuestión de Irán no está a punto de archivarse.

CARMEN MARTIN DE LA ESCALERA

